

DISCURSO

DEL SEÑOR DOCTOR LIBORIO ZERDA

al tomar posesión de la plaza de individuo de número de la Academia Colombiana, el 24 de Septiembre de 1910

Señores Académicos :

No me he atrevido á rehusar, á pesar de muchas perplejidades, el alto honor que me dispensáis, con la elección que en mí habéis hecho, para miembro de la Academia Colombiana, aunque reconozco mi carencia de méritos para ocupar tan alto puesto; ha crecido mi vacilación al considerar que me designáis el lugar que ocupó el eminente académico D. José Caicedo Rojas, meritisimo hombre público, de altas virtudes sociales, de sabiduría en las letras y en la historia, poeta atildado y de ingenio superior. Perdonadme que os manifieste, con sincera ingenuidad, que muy acertada habría sido vuestra elección, para ocupar este puesto, si hubiera recaído en uno de aquellos literatos que poseen cualidades verdaderamente reconocidas, para trillar las huellas luminosas que dejó el Sr. Caicedo, las que yo no puedo seguir porque han sido otros mis caminos, y aun éstos están ya obstruidos por la maleza de los años, que hacen decadente mi espíritu á la par que enmudecen mis sentidos.

Sin embargo, obediente á vuestro querer, he aceptado el puesto que me designáis con vuestra benevolencia, y, siguiendo la costumbre académica, os dirijo mis palabras con el temor de no salir airoso. No será un verdadero discurso académico el que oiréis de mí esta noche, pues carezco de recursos oratorios para hacerlo; será más bien, por menos difícil para mí, una conversación familiar, en la que presentaré una serie de cuadros que aparecen como desprendidos unos de otros, pero que guardan relaciones íntimas por referirse á asociaciones científicas, literarias y políticas, y á eminentes personalidades que vivieron en unas mismas épocas, concurriendo á fines semejantes. Son estos cuadros visiones históricas que despertarán vuestros recuerdos á la manera y con la brevedad de proyecciones de cinematógrafo, pero sin colorido alguno.

A este propósito, es oportuno preveniros repitiendo lo que en otra ocasión dije del inmortal Mutis, y que es aplicable á los ilustres varones de que trataré en esta exposición: "Su historia nos pertenece, y en ella jamás se dirá lo bastante en su honor, aun cuando sea repitiendo lo que otros han dicho ya, porque jamás se fatiga el espíritu con la frecuente contemplación de los grandes hechos de la virtud y del saber."

Por su naturaleza los hombres son inclinados, podría decirse instintivamente, á asociar sus esfuerzos para obtener un fin provechoso á sí mismos y á su propio país. Esta ley natural es de procedimientos acertados, porque energías concurrentes producen grandes efectos. Las conquistas que ha hecho la inteligencia humana en gran parte son debidas á este principio sociológico, que aconseja se les dé impulso á estas tendencias naturales, para que aparezcan y se desarrollen en formas muy variadas y benéficas para la civilización de las naciones, principalmente en los campos de las bellas letras, de las artes, de las ciencias, de la industria, de la religión, etc. Vosotros sabéis que esta Academia de la Lengua no persigue otro fin.

Mirando retrospectivamente á lo pasado de nuestra nacionalidad, más allá de la linde que la separa de la colonia granadina, encontramos una época en la que existieron asociaciones, nacientes unas, pero interrumpidas en su labor por los misteriosos fines políticos á que se dedicaron y favorecidas por los estudios literarios; y científicas otras, que llegaron á la meta deseada, pero también interrumpidas por acontecimientos que perturbaron la situación de las cosas existentes. No diré que estas asociaciones fueran verdaderas academias, por su organización y régimen, pero sí habrían alcanzado estas alturas si hubiesen perdurado al través de los tiempos. Todas ellas lograron un fin loable porque influyeron grandemente en la constitución definitiva del régimen político de nuestro país, cuando hombres sabios y de corazón patriótico dieron nacimiento glorioso á la República.

La iniciación de algunas de aquellas asociaciones se refiere á un período comprendido del año de 1790 al de 1810, bajo la forma de círculos literarios (1). Pero ya antes de estas fechas

(1) *Historia de la Literatura de la Nueva Granada*, por D. José María Vergara y Vergara.

se había formado una sociedad de carácter puramente científico, que fue denominada *Expedición Botánica*.

Para hablar con propiedad de este grande instituto de ciencias naturales y astronómicas, diré quién fue su director, los méritos de tan eximio varón, el origen de su venida á estas regiones inexploradas, y sus propósitos vinculados en las ciencias que poseía, para el logro de esta grande empresa que no ha tenido igual, tanto en sus resultados como en el personal, de sabios y patriotas que salieron formados de allí. Sin Mutis la Expedición Botánica de Santafé de Bogotá no habría tenido lugar histórico en los anales de las ciencias, porque hay hombres creados por la Providencia para determinados fines enderezados á la glorificación de Dios.

El joven Mutis, colegial del Colegio Real de San Fernando de Cádiz, cursó los diferentes ramos de la medicina práctica que se enseñaba en aquel lugar; y pasó después á complementarlos en la entonces afamada Universidad de Sevilla, donde obtuvo en 1753 el grado de bachiller; cuatro años después le fue conferido el diploma de doctor en medicina en la Facultad de Madrid, y allí regentó con lucimiento la cátedra de anatomía.

Al mismo tiempo que D. Pedro Messía de la Zerda había sido elegido para regir los destinos del virreinato de la Nueva Granada, el joven médico estaba entrando al mundo de la corte atraído por sus mil seducciones; y al mundo de las penalidades y de las luchas por la humanidad, conducido por el deber en el ejercicio de su profesión.

El continente europeo le ofrecía inmenso campo para desarrollar sus aspiraciones sociales y para los debates científicos. La fortuna le abría los brazos y la felicidad mundana tocaba á sus puertas, como llaman los goces y los placeres á las de la juventud, pero el joven Mutis desechó todas estas perspectivas, pues eran otros los destinos que le estaban reservados; debía explorar la naturaleza virgen de otro continente y contribuir con las ciencias y con los talentos de que estaba dotado á la regeneración moral ó intelectual de una de las porciones más interesantes del suelo americano. Fue invitado por el virrey Messía de la Zerda para que le acompañase como médico en el largo viaje que debía emprender al Nuevo Reino de Granada; después de algunas vacilaciones, aceptó la invitación; resolvió

sacrificar su brillante posición y abandonar el porvenir que le ofrecía el viejo continente; partió para América en busca de las riquezas de que hablaba con tanto entusiasmo el sabio La Condamine, las de una exuberante y desconocida vegetación, las de la majestuosa naturaleza tropical, cubierta por una bóveda celeste en la que una sola mirada es bastante para abarcar una grande extensión de ambos hemisferios.

En compañía de su protector y amigo el ilustre Messía de la Zerda llegó Mutis á las costas de Cartagena en 1760, cuando apenas contaba veintiocho años de edad, es decir, en la plenitud de la vida, con organización vigorosa para resistir á la inclemencia de las regiones insalubres; y con el espíritu adornado de una educación esmerada y de inclinación decidida para hacer el bien. Permaneció el tiempo suficiente en aquel lugar, en Turbaco y Honda, para dar principio á serios estudios sobre la vegetación ecuatorial, desde las costas del Atlántico hasta el pie de los Andes colombianos. A su llegada á Santafé de Bogotá en 1761, principió la formación de la flora de sus alrededores y de las regiones superandinas; y se consagró á la difusión de las luces en una juventud inteligente, estudiosa y ávida de instrucción científica. Estableció correspondencia científica con muchos sabios de Europa; remitióles colecciones y dibujos que fueron admirados y aplaudidos principalmente por Linneo, con quien tenía ya relaciones desde Madrid, pues éste sabio botánico deseaba conocer la flora de la península española. Los trabajos botánicos de Mutis le valieron ser asociado á la Academia de Ciencias de Stockolmo, á la Sociedad Vascongada y á muchas otras renombradas.

Para distribuir mejor su benéfica influencia en la juventud que quería levantar, vistió la beca del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el 13 de Marzo de 1762; en él tomó á su cargo la enseñanza de las matemáticas y explicó el sistema astronómico de los antiguos griegos, que adoptó Copérnico y enseñó Galileo.

Un lapso de diez años pasó Mutis entregado constantemente á sus estudios favoritos, y procurando llevar á cabo la labor que se había impuesto, modificando los métodos de enseñanza y ensanchando el campo de la instrucción científica con importantes reformas, tales como estudios serios de geografía, física, zoología

gía, botánica, matemáticas y astronomía. Llegado el año de 1772, su protector y amigo D. Pedro Messía de la Zerda fue llamado á España y le propuso le acompañase en su regreso, pero Mutis no quiso abandonar su patria adoptiva, poseedora de sus más íntimos afectos y donde estaban radicados sus intereses científicos. En el mismo año de la partida del virrey de la Zerda resolvió cambiar su estado civil por el eclesiástico, llamado á él, sin duda alguna, por inspiraciones divinas. Su constancia en el trabajo y su virtud, hicieron compatibles las obligaciones de su nuevo ministerio con las anteriores ocupaciones, pues unas y otras fueron siempre fructuosas, tanto al pie del altar del Autor de la Naturaleza que estudiaba, como en el lecho del dolor, curando ó procurando aliviar á sus enfermos.

Este fue el grande hombre á quien muchos potentados de Europa rindieron homenaje de respeto por sus virtudes y su ciencia; cuyo nombre inscribieron entre los de sus miembros muchas sociedades sabias, para hacerse partícipes de las glorias con que el mundo científico lo aclamaba; y á quien, al cabo de un siglo de haber desaparecido del haz de la tierra, me complace en honrar con humilde y sincera admiración. Como eco al través de los tiempos, repito la elocuente expresión del sabio Linneo: "Nombre inmortal que jamás el tiempo borrará."

Mutis, en la época que siguió á su iniciación sacerdotal, que fue próximamente de 1777 á 1782, hizo dos excursiones lejanas: una al norte del Virreinato, para visitar la provincia de Pamplona y estudiar las minas de oro de la Montuosa; en esta excursión colectó plantas para la flora granadina; y después otra á la provincia de Mariquita, elegida más tarde como centro de la Expedición Botánica. En esta misma época de su vida, descubrió y clasificó varias especies de quinas; en 1772 reconoció las primeras, sobre las cuales publicó un estudio en el *Papel Periódico* de D. Manuel del Socorro Rodríguez.

En el lapso de diez y siete años difundió, como he dicho, los principios filosóficos y de historia natural que poseía en el Colegio del Rosario, en una generación de jóvenes deseosos de recoger sus enseñanzas. Entre este personal de estudiantes concurría á su casa todas las noches un joven colegial de San Bartolomé, á quien hizo nombrar catedrático de filosofía en ese mismo colegio: Mutis le daba lecciones que cada día debía

transmitir á sus discípulos. Este joven se llamaba D. Félix Restrepo; oriundo del departamento de Antioquia, nacido en Medellín en 1760. Luégo que estudió lengua latina con un tío suyo, fue enviado á Bogotá, en donde su talento y relevantes dotes llamaron la atención de Mutis, quien buscaba en la juventud aptitudes para comunicarles su ciencia. El joven alumno catedrático, que más tarde fue un patriota entusiasta y magistral ejemplo en el ejercicio de su honrosa profesión, recibió entonces de Mutis abundantes conocimientos de matemáticas y de ciencias naturales. Terminada su carrera por estudios jurídicos, regresó á Popayán, en donde abrió el curso de filosofía en el Seminario de esa ciudad. Allí el Dr. Restrepo formó muy aprovechados discípulos en las ciencias ya mencionadas; entre ellos sobresalieron Zea, Caldas, Camilo Torres, Miguel Pombo y Francisco Antonio Ulloa. Trasladados estos jóvenes á Bogotá, perfeccionaron sus conocimientos científicos bajo la dirección del Sr. Mutis.

En esta misma ciudad de Santafé de Bogotá, una pléyade de jóvenes ilustres, amantes de las ciencias filosóficas, recibió sus luces de la misma fuente que Restrepo. Entre ellos se recuerdan á Manuel Rodríguez Torices, José Fernández Madrid, Frutos Joaquín Gutiérrez, José María Gutiérrez, Custodio García Rovira, José Gregorio Gutiérrez, José María Salazar, Emigdio Benítez y otros que después ofrendaron sus vidas á la independencia y á la libertad. Casi todos estos jóvenes formaron una sociedad literaria, donde pasaban gratísimas horas cultivando las bellas letras y las ciencias naturales. La burla de los ignorantes, que rastrera persigue con su sarcasmo el mérito adquirido con perseverancia en los esfuerzos humanos, no perdonó á esta juventud llamándola *Compañía de los sabios*.

D. Pedro Messía de la Zerda fue reemplazado en 1783 en el gobierno de la colonia por el arzobispo D. Antonio Caballero y Góngora, virrey muy ilustrado, inteligente y activo, que fomentó en alto grado la instrucción pública. Interesado en el adelanto de los pueblos de su cargo, solicitó de la corte de España que enviara mineralogistas hábiles para dar impulso al laboreo de las minas; y lo que ha sido más digno de encomio, estableció bajo su responsabilidad la Expedición Botánica, nombrando director de ella al sabio Mutis. Un año después (1784) esta resolución fue aprobada por la real cédula de D. Carlos III

de Borbón. El instituto fue llamado *Expedición Botánica* porque en la iniciación de sus trabajos debía contraerse en particular á la colección, dibujo, estudio de la anatomía, fisiología y clasificación de los vegetales, no obstante que, según lo prescrito en la real cédula, debía ocuparse también en el desarrollo de las otras secciones de la historia natural y de la astronomía, con personal idóneo para su servicio.

Muchas dificultades se le presentaron á Mutis para realizar su magna empresa: entre ellas no era la menor la del personal que debía dedicarse á los trabajos científicos; y también á los manuales, como coleccionadores, dibujantes y pintores. Por fortuna el ojo inteligente de este grande hombre sabía penetrar en el entendimiento y aptitudes de la juventud que estaba instruyendo, formarse auxiliares, pues por sí solo no podía acometer las labores de la Expedición Botánica; necesitaba hombres poseídos de ciencia y que se sometieran voluntariamente á su dirección. Entre esta juventud pronto encontró un cooperator hábil é instruído en el joven Eloy Valenzuela, dotado de grande inteligencia, de ilustración no común, de carácter benévolo y activo, decidido por las ciencias, á propósito para secundar las aspiraciones de su maestro.

El joven Valenzuela, natural de Girón, en el departamento de Santander, nacido en 1756, después de haber estudiado lengua latina, á los quince años de edad entró al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario á estudiar filosofía, teología y derecho canónico, y obtuvo por oposición la asignatura de filosofía, que desempeñó con lucimiento. Fue entonces cuando principió á recibir de Mutis lecciones de matemáticas y de historia natural. Preparado suficientemente para recibir las sagradas órdenes, se las impartió el Ilmo. Arzobispo Caballero y Góngora, de quien fue por algún tiempo familiar y secretario. El Dr. Mutis pronto comprendió el gran provecho que reportaría la Expedición Botánica con la adquisición del Dr. Valenzuela, pues, además de su bello carácter, poseía los conocimientos suficientes en la ciencia de Linneo, para desempeñar satisfactoriamente las funciones de segundo jefe de la Expedición. Valenzuela aceptó con placer y agradecimiento el puesto que se le designaba, y las dos voluntades, unidas por la amistad y la ciencia, dieron cima al adelanto y prosperidad del Instituto Botánico.

Mutis hizo grande acopio de plantas disecadas en la exploración de la vegetación de los Andes del Quindío, mientras la Expedición estuvo radicada en Mariquita; extendió su exploración á las riberas del alto Magdalena, anotando las condiciones de la vida vegetativa de las especies recogidas en esta excursión, que duró hasta el año de 1790. En esta época resolvió trasladar la Expedición á Bogotá para reunir y diseñar las plantas de las altas regiones andinas; y también porque el calor de las regiones que abandonaba le había debilitado las fuerzas físicas, y era necesario reponerlas pronto para emprender nuevas excursiones.

Un año antes del regreso de Mutis de Mariquita, el 31 de Julio de 1789 había tomado posesión del gobierno el conde D. José de Ezpeleta, mariscal de campo, en reemplazo del Sr. Gil y Lemus. Este virrey acometió muchas mejoras materiales, atendiendo siempre al fomento de los adelantos literarios. Pasados ocho años de constantes fatigas y trabajos ejecutados en favor de la Expedición, Valenzuela fue retirado del puesto que ocupaba, á los treinta y tres años de edad: el Sr. Ezpeleta, que conoció sus virtudes y su ciencia, quiso que fuera el preceptor de sus hijos; á la educación de ellos estuvo consagrado dos años; luego obtuvo el curato de Bucaramanga, donde fijó su residencia definitiva, siempre consagrado al desempeño de su ministerio y á sus estudios predilectos.

Establecida la Expedición Botánica en Bogotá, se reglamentó mejor y se la proveyó de un escogido y numeroso personal de dibujantes y pintores; pues esta escuela llegó á contar treinta y dos alumnos, dirigidos por el muy hábil pintor Sr. Rizo, quienes diseñaron y pintaron en grande escala numerosos y variadísimos objetos de los tres reinos de la naturaleza. Para su servicio se destinó un vasto edificio de la capital, que contenía los herbarios y todos los elementos accesorios para la práctica y adelanto del plan propuesto.

No por haber retirado el Sr. Ezpeleta de la Expedición al Dr. Valenzuela, dejó este gobernante de ser munífico en compensaciones; para darle apoyo decidido al instituto, contribuyó con los recursos que su alta posición de gobernante podía disponer para realizar los fines del Sr. Mutis; éste, altamente agrada-

decido, le dedicó, en prueba del aprecio que le profesaba, un nuevo género de plantas de la gran familia de las *sinantherias*, descubierto y descrito por él con los nombres de *espeletia arizantea* y *espeletia corimbocia*.

En reemplazo del Sr. Valenzuela nombró el virrey Ezpeleta al joven Francisco Antonio Zea, segundo subdirector de la Expedición, puesto que ocupó á los diecinueve años de edad. Este medellinense de altas dotes intelectuales, es sin duda alguna el más grande hombre nacido en las regiones antioqueñas. Apareció al mundo por los años de 1770; después de algunos estudios escolares fue enviado á Popayán en la época en que el Dr. Félix Restrepo, su tío, desempeñaba la cátedra de filosofía en el Seminario de aquella ciudad; siguió sus lecciones en 1785 con gran provecho, después de haber estudiado con profundidad el idioma latino, pues reconoció que esta lengua es clásica para las ciencias descriptivas, á las que quería dedicarse posteriormente. Concluidos los cursos de filosofía, de teología y derecho canónico, se dedicó con interés á las ciencias que más le hablaban cautivado el espíritu: la física y la historia natural, siempre bajo la dirección de su sabio maestro Restrepo.

En 1788, dice el historiador Plaza, pasó Zea á Bogotá para hacerse en el Colegio de San Bartolomé un sobresaliente profesor de latinidad. Como Valenzuela, á la vez que daba lecciones á sus discípulos, las recibía de Mutis para perfeccionarse en las matemáticas é historia natural.

En 1794 dejó su puesto de la Expedición, después de haberlo desempeñado durante cinco años, con aplauso de su director y amigo Mutis y de haber recibido cuidadosamente sus enseñanzas, "para salir sabio habiendo entrado literato." Sus convicciones políticas, manifestadas con poca reserva en las sociedades literarias á que había asistido, lo denunciaron al gobierno español como desafecto al sistema colonial; fue apresado, y en unión de su compañero y amigo D. Antonio Nariño, remitido á España.

El joven Zea no tuvo la fortuna de su compañero, que se escapó de manos de sus guardianes al llegar á Cádiz; allí lo aguardaban las mazmorras de la prisión de estado, donde sufrió pacientemente duros maltratos durante dos años. Se dice que el ministro Godoy le dio libertad en atención á sus gran-

des dotes intelectuales; y lo envió á París con una comisión científica. Pasados tres años de su residencia en esta populosa ciudad, volvió á la corte de Madrid, donde obtuvo en 1804 el puesto de director del Jardín Botánico y muchos nombramientos para miembro de sociedades sabias en las humanidades y en los institutos científicos.

Zea adquirió, pues, una celebridad superior á todas las conocidas en América y en Europa; resultado de haber sido nombrado catedrático de botánica en la Universidad de Madrid; su discurso de apertura de aquella asignatura versó sobre la utilidad y mérito de aquella ciencia que fue de su predilección entre todas las que constituían la leyenda de su saber; fue muy aplaudido y mereció la publicidad á costa del gobierno, tanto por la importancia del asunto como por ser un modelo de pureza de las letras castellanas.

Permaneció Zea en Madrid desde 1805 hasta 1809, luciendo su genio y sus profundos y variados conocimientos, como redactor de *El Mercurio de España* y de *El Semanario de Agricultura*; y escribió algunas memorias sobre las quinas de la Nueva Granada. Después, durante la transitoria dominación de los franceses en España, se afilió al bando de los llamados *afrancesados*, y obtuvo entonces la prefectura de Málaga, puesto en que duró poco tiempo: al retirarse los franceses de la Península, se vio precisado á ocultarse, temiendo ser perseguido por sus opiniones políticas. Por esta conducta pudiera tildarse á Zea de alguna infidencia para con España; pero debe tenerse presente que la meta de sus aspiraciones, llevadas de su patria y conservadas después de su prisión, era trabajar por la libertad del suelo natal; además, en la política de las naciones se presentan situaciones difíciles que pueden hacer vacilar á los entendimientos mejor cimentados: el deseo de obtener el favor francés para apoyar los conatos de la independencia de la Nueva Granada, lo excusan de haber tomado este camino; su conducta posterior deja explicados sus procedimientos anteriores.

Pasó Zea en 1814 á Inglaterra, y de allí inmediatamente partió para la Nueva Granada á poner en juego sus propios esfuerzos, pero no pudo penetrar en ella porque se lo impedía la presencia del pacificador Morillo. Dirigióse á Venezuela, en donde el General Bolívar hacía prodigios de valor en defensa

de su patria. El Libertador lo recibió con manifestaciones de estimación, y encontró poderoso auxiliar en su genio político y su clara visión; inmediatamente lo nombró intendente general del ejército; las indicaciones y consejos de Zea fueron atendidos oportunamente, tales como la formación de un consejo de estado radicado en la ciudad de Angostura, en el que fue nombrado Zea presidente en el departamento de hacienda y de negocios. Luego ayudó a constituir en esta misma ciudad un congreso que diera a Venezuela una forma política definida. Aquel congreso fue compuesto de notabilidades republicanas; y Zea sobresalió entre ellos por su elocuencia. En este congreso quedó constituida la antigua Colombia. Bolívar fue elegido para presidente y Zea vicepresidente de la nueva república. Era indispensable que el país se hiciera reconocer como república independiente, y el hombre reconocidamente idóneo para desempeñar esta misión fue el vicepresidente de Colombia, a quien Bolívar envió a las cortes europeas con poderes ilimitados, que desempeñó fastuosamente; pero el ejercicio de la misión del sabio en bien de su patria no duró largo tiempo. Zea, después de cumplirla honoríficamente, murió el 28 de Noviembre de 1822 en la aldea de Bath, de Inglaterra. Su nombre quedó a perpetuidad inscrito y enaltecido en una de las gramíneas más útiles al hombre, la *Zea mays*, designada así científicamente por el inmortal botánico de Upsala, y cantada en el bello poema descriptivo del cultivo de este grano en las regiones antioqueñas, por el célebre poeta D. Gregorio Gutiérrez González. ¿Por qué no se habrá erigido un monumento a la memoria de Zea en la ciudad de su nacimiento, a quien ha dado tanta honra?

Durante la permanencia de Zea en la Expedición Botánica, como segundo jefe de ella, le fue necesario a Mutis, según el programa de aquel instituto, completar el personal para el servicio de los tres departamentos de la historia natural: faltábale el que hubiera de encargarse de la sección zoológica, y para ella solicitó la cooperación del eminente naturalista D. Jorge Tadeo Lozano.

Este joven bogotano, descendiente de muy distinguida prosapia, hermano del marqués de San Jorge, nació en 30 de Enero de 1771; a los diez años de edad vistió la beca del Colegio

Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde estudió humanidades, filosofía, ciencias naturales y medicina, bajo los auspicios de las reformas introducidas en los estudios por el Sr. Mutis en aquel plantel de instrucción y de educación superior. Sobresaliente en las ciencias médicas, llegó a reemplazar a su maestro el Dr. Isla en los casos de su ausencia. Como disponía de los recursos pecuniarios suficientes para darse una vida holgada en los países europeos, se trasladó a España con el objeto de perfeccionarse en las ciencias que más habían cautivado su atención; y como conocía prácticamente las costumbres de la alta sociedad de la corte de Santafé, y llevaba además el sello de su alcurnia, fue recibido con brillante acogida en la sociedad y corte de Madrid. Las universidades de la Península fueron los centros de su asidua labor escolar; finalmente se dedicó en aquella capital a la carrera de las armas, incorporado en la *Guardia de Corps*, en la que hizo la campaña de Rosellón, a órdenes del conde de la Unión, y fue distinguido con el grado de capitán. Esta campaña le sirvió de escuela práctica para ilustrarse en el arte de la guerra que agregó a los conocimientos que había adquirido en la estadística, en la diplomacia y en las diversas formas de los gobiernos europeos. Regresó a su país natal y se consagró a cultivar todos los ramos de la historia natural, principalmente la zoología, en medio de una librería selecta y de una naturaleza que le abría inmenso campo inexplorado para sus investigaciones y descubrimientos.

Se ensayó como escritor científico en 1801, en *El Correo Curioso*, periódico que redactaba D. Luis Azuola, dedicado a la literatura, a las artes y a las ciencias; y el segundo que se dio a luz pública después del *Papel Periódico* de D. Manuel del Socorro Rodríguez.

El Sr. Mutis, que sabía valorar la ciencia y aptitudes de los hombres, no vaciló en proponerle a Lozano que ocupase el tercer puesto de la Expedición Botánica, que aún estaba vacante. Desde el momento en que el joven zoólogo aceptó la colocación que se le ofrecía, se dedicó al estudio de la fauna cundinamarquesa, formando colecciones, dibujando, describiendo, disecando y clasificando diferentes especies zoológicas, anotando costumbres, clima y duración de todos los animales de nuestras zonas ecuatoriales. En *El Semanario de Caldas* se publicaron al-

gunas memorias zoológicas de Lozano y un fragmento titulado *El hombre*, de estilo y corrección notables. Hizo una traducción de la *Geografía de las plantas*, escritas por el Barón de Humboldt, que se publicó también en *El Semanario* con anotaciones y comentarios de Caldas.

Atraídos por la fama de la Expedición y de Mutis su Director, los ilustres viajeros Humboldt y Bonpland se desviaron de la ruta que se habían trazado en su viaje al sur de América meridional para venir á Santafé. El virrey Mendinueta, que gobernaba entonces la colonia, y el Dr. Mutis, los recibieron con las atenciones debidas á tan altos personajes. Sorprendidos quedaron al penetrar en los salones destinados á la Expedición Botánica por Mutis y sus compañeros: si la fama de estos héroes de la ciencia había llegado hasta ellos, no se imaginaron la realidad de su magnificencia, viendo el inmenso acopio de muestras de los tres reinos de la naturaleza; el numeroso personal de dibujantes y pintores ilustrados en la botánica y ejecutores de más de cinco mil láminas de especies vegetales; de más de veinte mil esqueletos de plantas disecadas que formaban el herbario; de una colección de cuadros al óleo, copias de especies animales de la fauna neogranadina; de instrumentos de física y de química; de materiales científicos, libros é instrumentos reunidos en diez y siete años de no interrumpida labor, y finalmente, de una biblioteca de la que dice el barón de Humboldt: "de las más bellas y ricas que jamás se hayan consagrado en parte alguna de Europa á un solo ramo de la historia natural" (la botánica). Los ilustres viajeros dejaron á Bogotá en 1801, después de haber estrechado íntimas relaciones de amistad y de ciencia con el Sr. Mutis; siguieron la ruta del Quindío, cambiando allí las gratas impresiones que les produjera la Expedición y su personal, por las que recibían nuevamente en aquellas regiones montañosas y selváticas.

Al llegar á Popayán escribió Humboldt á Mutis, y en su carta describe los pintorescos valles que circundan aquella población y que impresionaron su poética imaginación, de los cuales dice: "La ciudad de Popayán es deliciosa. Una campiña risueña y variada, bella vegetación, clima templado, el trueno de los trópicos más majestuoso que jamás se ha oído, las pro-

ducciones de los trópicos al frente de las cimas nevadas de los Andes, que vomitan humo y aguas sulfurosas; esta mezcla de lo grande y de lo bello; estos contrastes tan variados que la mano del Todopoderoso ha sabido colocar en la más perfecta armonía, llenan el alma de las más grandes é interesantes imágenes."

En medio de esta misma naturaleza seductora para los ilustres viajeros fueron sorprendidos por segunda vez con el encuentro de D. Francisco José de Caldas, que entonces residía en aquella ciudad de su nacimiento, "entregado con toda su alma al estudio práctico de los fenómenos físicos y celestes, á la observación de los vegetales y á trabajos geográficos." Recibió carta de su amigo Mutis, en la que le ponía en relaciones y le recomendaba estrechase amistad con los sabios viajeros. La bondad de Caldas no tenía necesidad de semejantes apremios; se apresuró á ofrecerles toda la intimidad de que podía disponer su buen corazón; á su disposición puso sus conocimientos científicos, adquiridos con la fuerza de su genio, relativamente aislado y sin recursos; recibió en cambio todo aquello de que pudieron disponer de rico caudal de ciencia los viajeros, en el poco tiempo de su permanencia en Popayán.

¿Qué admiraron en Caldas los viajeros europeos? Su sabiduría unida á una grande modestia; sus conocimientos físicos y astronómicos, adquiridos en la altura de los Andes ecuatoriales, colocado á una gran distancia de los centros de la civilización europea. Sin embargo, el centro de educación y de instrucción científica que en su juventud formó su espíritu investigador, poseía los hombres capaces de instruirle en muchos de los ramos del saber humano; dejando en las altas facultades de este joven las simientes que debían germinar, crecer y dar fruto á favor de su genio excepcional.

Hagamos algunos recuerdos de la vida juvenil de Caldas, puesto que apenas llegó á la virilidad fue sacrificado en aras de la patria.

Acababa de cumplir treinta años, cuando se relacionó con el barón de Humboldt, pues nació en 1771. Su adolescencia se desarrolló suavemente en su honorable hogar y en el colegio seminario de Popayán, en el que hizo sus primeros estudios de latinidad y filosofía. Uno de sus maestros fue el Dr. Félix Restre-

po, quien le transmitió todos los conocimientos que tenía y que había llevado del Colegio del Rosario, que eran abundantes en filosofía, historia natural y en matemáticas; en todas estas ciencias fue alumno sobresaliente, pero el Sr. Restrepo lo impulsó preferentemente á estas últimas por las grandes dotes que para ellas había descubierto en este joven.

Trasladado á Bogotá, obtuvo la beca de colegial en el Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el 21 de Octubre de 1788. Estudió jurisprudencia, y fue sucesivamente graduado de bachiller, licenciado y doctor en esta facultad; pero todo esto lo obtuvo sin desatender sus estudios preferentes en las ciencias físicas y matemáticas. Es muy posible que se perfeccionara en estas últimas con el Sr. Mutis, pues en la misma época de su colegiatura se trasladó la Expedición Botánica á Bogotá, y el Sr. Mutis se encargó de la cátedra de matemáticas en el mismo plantel del Rosario.

Por los años de 1793 regresó á Popayán, en donde emprendió algunas especulaciones comerciales de poco provecho; por esto regresó en 1796 á Bogotá para conseguir instrumentos necesarios á las observaciones astronómicas, y como no pudiese obtenerlos, resolvió construirlos él mismo, lo que realizó con todo el poder de su ingenio. Para fijar la posición geográfica de su país natal y de otros lugares, tomó por guía las *Observaciones astronómicas* del célebre marino D. Jorge Juan. Esto acontecía antes de que viniesen los célebres viajeros Humboldt y Bonpland, cuando apenas contaba veintiséis años de edad. A la llegada de estos sabios fueron repetidas sus operaciones astronómicas y geográficas con buenos instrumentos, y resultaron correctas, con cortas diferencias; y pudo presentarles un herbario rico en especies vegetales del valle del Cauca, y un estudio muy importante sobre la geografía de las plantas. En un informe dirigido por Caldas al secretario del virreinato, con fecha 16 de Octubre de 1808 decía lo siguiente: "En 1799 y principios de 1800 se presentaron á mi espíritu muchas ideas sobre la constancia del agua en ebullición y sobre su variación mudando de nivel. Las ideas se pusieron en práctica, y subí cuatro veces sobre los Andes de Popayán, cargado de mis barómetros, termómetros y de una lámpara de ebullición, verifiqué una larga serie de observaciones: el resultado fue que *las montañas se pueden medir con el termómetro como se hace con el barómetro.*"

Este descubrimiento fue debido al contratiempo de la ruptura de un termómetro inglés de escala de Reaumur, por la extremidad superior. Quiso reparar este accidente cerrándole y graduándole nuevamente, para lo cual fijó los dos puntos extremos de la escala, el cero con el hielo fundente y el opuesto con el agua hirviendo, pero observó que los grados resultaban más pequeños y que la temperatura que marcaba en Popayán era más alta que la que se conocía. Siendo la temperatura del hielo fundente la misma en cualquiera lugar, encontró que el grado que correspondía al punto del agua hirviendo, estaba deprimido, es decir, que el agua hervía en Popayán á una temperatura más baja que la que marcaba el termómetro construído en Londres. Un buen termómetro de Dalton, cerrado en Londres, que consiguió Caldas, en el que halló exacto el término del hielo fundente y que usó con todas las precauciones del caso, después de haberlo marcado con la escala de Reaumur y de adaptarle un *nonius* vino á confirmarle su principio fundamental. Para un espíritu investigador como el de Caldas, no le era difícil elevar inductivamente estos hechos á las conclusiones que con tanta claridad expresa así: "El calor del agua hirviendo es proporcional á la presión atmosférica; la presión atmosférica es proporcional á la altura sobre el nivel del mar; *luego el calor del agua hirviendo nos indica la presión atmosférica del mismo modo que el barómetro; luego puede darnos las elevaciones de los lugares sin necesidad del barómetro y con tanta precisión como él.*"

Caldas se preocupó demasiado en buscar en los textos de física si había algo semejante, porque no podía convencerse de que estos hechos se hubiesen escapado á la investigación de los sabios europeos: nada encontró en ellos, ni el barón de Humboldt le suministró nada parecido. No le era necesaria á Caldas esta comprobación, para asegurar el derecho que le pertenecía en el descubrimiento que obtuvo en el corazón de los Andes, aislado de toda comunicación con el continente europeo. La obra clásica de física, de muy reciente publicación, de Mr. Dauguen contiene la indicación de que Dalton, físico inglés que vivió al final del siglo XVIII y principios del siguiente, reconoció por la experiencia que *la fuerza elástica del vapor del agua durante la ebullición es igual á la presión atmosférica, y nada más, pues no se*

le ocurrió elevar este principio á la altura de la aplicación gloriosa que le dio Caldas. Más tarde de aquella época, en Europa, se le atribuyó á Fahrenheit y á Caballo la aplicación de la ley física hallada por Dalton, para medir las diferencias de altura sobre el nivel del mar; mucho posterior fue el invento de M. Reignault, de un pequeño aparato que lleva el nombre de hipsómetro, que con mucha comodidad sirve para el mismo efecto. Se ve, pues, que según las épocas de los hechos anotados, siempre le corresponderá á Caldas el derecho de prioridad de este descubrimiento de grande trascendencia en las aplicaciones hipsométricas.

Emprendió Caldas un viaje de Popayán á Quito en el año de 1801, y usando de su descubrimiento y del barómetro practicó medidas de alturas sobre el nivel del mar y estudió el reino vegetal de aquellas regiones, todo lo cual le sirvió para escribir una *Memoria que trata de la nivelación de las plantas cultivadas en la vecindad del Ecuador*, dedicada al Sr. Mutis.

En 1802 fue agregado á la Expedición Botánica y el director le participó su nombramiento, indicándole que su principal encargo sería: "colectar las plantas de la presidencia de Quito, especialmente las quinas; levantar la carta corográfica; hacer observaciones astronómicas, barométricas y termométricas; formar la estadística de aquella sección del Virreinato; y describir los usos y costumbres de la población." Caldas aceptó el puesto que se le ofrecía y cumplió con el programa de su misión. Después de tres meses empleados en este viaje, emprendió marcha para Bogotá en 28 de Enero de 1805; en el tránsito recogió muchas especies de quinas y plantas de diferentes familias. En Diciembre del mismo año se presentó á Mutis con dieciséis cargas que contenían, según la relación oficial del mismo Caldas: "un herbario compuesto de cinco á seis mil esqueletos de plantas disecadas, muchos diseños de las más notables, semillas, cortezas útiles, muestras minerales, el material necesario para formar la carta geográfica de la mitad del virreinato; la carta botánica y la zoológica, los perfiles de los Andes en más de nueve grados, la altura de las montañas más notables y más de mil quinientas alturas de diferentes pueblos y serranías; un gran número de observaciones meteorológicas, astronómicas y magnéticas; y dos volúmenes de descripciones

de los usos, costumbres, población, agricultura, industria, literatura, vicios, enfermedades, etc., recogidos en el país recorrido."

Desde que llegó Mutis á las altas regiones de Bogotá, concibió la idea de construir un observatorio astronómico, pues aquí se le presentaba un campo inmensísimo que comprendía la mayor parte de los dos hemisferios celestes; pero las atenciones que había consagrado á la Expedición, le privaron de realizarla tan pronto como era su deseo; mas ya auxiliado en sus trabajos por Lozano y Caldas, solicitó del padre capuchino Domingo Petrés, arquitecto notable, la formación de los planos, y que se encargase de la dirección de la obra, siguiendo para su realización las indicaciones de Mutis. Con rapidez increíble se construyó el edificio astronómico, pues se principió el 24 de Mayo de 1802 y terminóse la obra en 20 de Agosto de 1803. No era bastante poseer un magnífico observatorio astronómico, situado en las regiones ecuatoriales y en la altura de Bogotá, condiciones excepcionales para emprender extensos estudios astronómicos; para esto faltaban los instrumentos indispensables: el gobierno español lo advirtió, pero los instrumentos que remitió se perdieron antes de llegar á su destino. Hubiera podido quedar este edificio como un bello cuerpo pero sin animación, si no hubiera recurrido Mutis, que era el *alma mater* en todo, á remediar esta falta. Mutis lo dotó con varios instrumentos del fabricante Dalton, tales como telescopios y anteojos astronómicos, anteojos terrestres, globos terrestres y celestes, barómetros y termómetros, etc. Caldas acudió también á él, le cedió al observatorio instrumentos que eran verdaderas reliquias históricas: un péndulo astronómico, obra maestra del constructor Graham, que sirvió á los académicos La Condamine y Bonguet en su viaje al Ecuador; y también la lápida que con inscripción latina dejaron aquellos sabios, en conmemoración de los trabajos ejecutados en el sitio donde midieron el grado terrestre; lápida que Caldas salvó de que sirviera de puente en una acequia. D. José Ignacio Pombo regaló un cuarto de círculo de John Brid, instrumento que sirvió á Humboldt para sus observaciones astronómicas en su viaje al Orinoco; y otras cosas más de útil aplicación.

Mutis puso á disposición de Caldas el observatorio astronómico, y éste lo estrenó trazando la meridiana y montando los ins-

trumentos que aún permanecían encajonados, y con ellos siguió una serie de observaciones que sería muy prolijo enumerar.

“La época más feliz de la vida de Caldas, dice el Sr. Pombo, su biógrafo, fueron los años en que gozó de plena y pacífica posesión del observatorio”; pero que pronto había de terminar con los acontecimientos políticos que se sucedieron.

La obra que en esa época contribuyó más á immortalizar el nombre de Caldas es el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, empresa grandiosa en su forma para aquellos tiempos; é impedida por la naturaleza de los trabajos científicos que contiene. El bello ideal de Caldas era fundar un periódico, para el cual contaba con la muy valiosa cooperación de sus colegas y amigos que estaban al servicio de la Expedición Botánica, y de otros muchos de fuera de ella, pues todos eran de excepcionales dotes para llevar la empresa á un alto grado de perfección. Caldas asumió la dirección y dictó el programa muy variado en las ciencias á que debían ajustarse sus lucubraciones. El primer número vio la luz pública el 3 de Enero de 1808 con un material correcto, en muy buen estilo, digno de la pluma de sus redactores.

El primer año del *Semanario* contenía principalmente escritos de Caldas; y de ellos el muy interesante estudio del *Estado de la geografía del virreinato con relación á la economía y al comercio*; la *Memoria sobre el influjo del clima sobre los seres organizados*, obra que es modelo de estilo elegante y de sabiduría en los conceptos; la *Descripción del observatorio astronómico de Bogotá*; *observaciones meteorológicas* hechas en el mismo edificio; y la descripción del eclipse total de luna del 9 de Mayo de 1808. Contiene también otros escritos interesantes del Dr. Valenzuela y D. Miguel Pombo; y un artículo necrológico del Dr. Mutis, que se atribuye á la pluma de Caldas.

Siguió este sabio estimulando perseverantemente á sus amigos para que continuasen en su cooperación á la redacción del segundo tomo del *Semanario*. En éste son notables escritos de las hábiles plumas de D. Joaquín Camacho, D. José Manuel Campos, D. Juan Agustín de la Parra y Cano, sacerdote al que Caldas prodiga elogios merecidos, y otros del Dr. Valenzuela y del ilustre vate Salazar; pero principalmente se distingue en este tomo una descripción de la antigua provincia de Antioquia, acompañada de conocimientos muy interesantes pormenoriza-

dos, obra de D. José Manuel Restrepo, ilustre patricio de saber profundo, historiador que nos dejó las memorias de los acontecimientos políticos de que fue testigo presencial.

Al hacerse cargo Caldas del observatorio, y por ser adjunto de la Expedición, debía informar cada cuatro meses de los trabajos que ejecutara, y uno de estos informes, fechado en 1.º de Julio de 1809, participaba al virrey Amar, estar ocupándose en preparar tres obras; la primera de “Observaciones astronómicas hechas en el Virreinato de Santafé de Bogotá desde 1797 hasta 1805, con todas las que se han verificado en el real observatorio astronómico de esta capital desde 1806 para adelante”; la segunda sobre “Geografía de los árboles de la quina,” formado sobre observaciones y medidas hechas desde 1800; la tercera de “Fitografía ó Geografía de las plantas del ecuador, empezadas en las producciones vegetales de todas las zonas y del globo entero, formada sobre medidas y observaciones hechas en la vecindad del ecuador desde 1800.” Acompañaba á esta última la carta botánica del Virreinato con 18 grandes láminas de planos y perfiles de los Andes ecuatoriales. Además redactó una memoria sobre las refracciones atmosféricas al nivel y latitud del observatorio, que remitió al virrey Amar con una planta que llamó *amaría*, pero que no se sabe á qué género ni á qué familia pertenece.

No perteneció á la Expedición Botánica el sabio y humilde sacerdote D. Domingo Duquesne, nacido en Santafé, descendiente de D. Juan Francisco Duquesne, natural de Montpellier, y D.ª Clara Ignacia de la Madrid; pero si pudo ser individuo de aquella asociación de sabios, si el plan que se le formuló al instituto hubiese comprendido una sección de anticuarios, á cargo de los cuales hubiera naturalmente estado la arqueología, la etnología y la lingüística, estudios para los cuales había nacido Duquesne, y además porque el Sr. Mutis, que conocía su saber y aptitudes para estas ciencias, habría solicitado su cooperación para el engrandecimiento de la Expedición, pues los unía estrechamente íntima amistad.

Hizo el Sr. Duquesne sus primeros estudios con los padres de la Compañía de Jesús; con ellos adquirió con profundidad la lengua latina; después, en el mismo Colegio de San Bartolo-

mé, cursó cánones y teología, ciencias en las que obtuvo el título de doctor. Destinado como misionero á los pueblos de Lenguaque y de Gachancipá, evangelizó á sus feligreses indios durante más de veinte años, recogiendo en compensación de su perseverancia civilizadora las tradiciones que le sirvieron en parte para reconstituir el pasado de aquellos pueblos muisca. Regresó en 1800 á su ciudad natal á ocupar el puesto de canónigo, merced para que había sido designado por Carlos IV, rey de España.

El filólogo, dice D. José María Vergara, más hábil que ha tenido la lengua muisca es el Sr. Duquesne, como se ve por la siguiente frase que en la introducción precede á la exposición de su sabia interpretación del calendario muisca :

“Esta interpretación, dice Duquesne, está formada en el conocimiento de sus costumbres, de su historia, de su idolatría y de su lengua. Esta última, así como me ha sido de mucho auxilio, me ha dado mucho trabajo, porque ya no se habla este idioma y me ha sido necesario sacarle de entre los cartapacios en que se halla recluída al método de la lengua latina, con quien no tiene analogía, para restituirla á su verdadero principio, formándole casi de nuevo sobre el genio de las lenguas orientales, para investigar las raíces y descubrir las etimologías.”

Este razonamiento claro y sencillo da la evidencia de que el ilustre lingüista y anticuario formó una gramática de la lengua muisca, sobre sus propias disquisiciones, y muy naturalmente teniendo á la vista los escritos por los misioneros que le precedieron, tales como los del Padre Fray Bernardo Lugo, de la Orden dominicana, la del Padre jesuita José Dadey, Milanés y otras.

La gramática de Duquesne se perdió probablemente en el secuestro de sus bienes, pues los pacificadores españoles lo expatriaron, no obstante que era partidario del Rey ; pero cuando lo hicieron regresar á Santafé, llegó convertido á la república.

Oíd lo que dice el célebre Humboldt, en su obra *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. “El pueblo chibcha, cuyo nombre es casi desconocido en Europa, confundiéndole con las hordas errantes de los salvajes de la América Meridional, tiene su monumento notabilísimo, que es

una piedra adornada de multitud de signos jeroglíficos del calendario lunar, que representa el orden en que se efectúa la intercalación, que coloca el origen del año en la propia estación. Débese su descubrimiento á D. José Domingo Duquesne la Madrid. Fue mucho tiempo cura de una aldea de Cundinamarca.”

“Como por estas circunstancias podía lograr la confianza de los naturales descendientes de los indios muisca, procuró reunir cuanto las tradiciones habían conservado en tres siglos, relativamente al estado en que dichas regiones se encontraban antes de la llegada de los españoles al nuevo continente. Por este afán logró adquirir una de las piedras esculpidas por medio de las cuales regulaban el tiempo los sacerdotes muisca, aprendiendo á conocer los jeroglíficos simples que á la vez designaban los números y días lunares, y cuyas noticias, fruto de tantas y tan penosas investigaciones, expuso en una memoria titulada “*Disertación sobre el calendario de los muisca, indios naturales del Nuevo Reino de Granada*. Me mostró este manuscrito en 1801 el célebre botánico D. José Celestino Mutis, obteniendo de Duquesne permiso para sacar el dibujo de la piedra pentágona que descubría en su obra.”

“Las nociones que paso á exponer sobre el calendario de los muisca, están basadas en los materiales que ofrece la memoria española que acabo de citar, añadiendo por mi parte algunas consideraciones relativas á la analogía que entre este almanaque y los ciclos de los pueblos asiáticos se observa.”

No solamente el Dr. Duquesne ha creído encontrar notables analogías entre la lengua muisca y algunos de los dialectos de los pueblos del extremo oriente asiático, sino también M. Paravey, orientalista notable muy erudito, que dio al público en 1834 una memoria sobre el origen japonés árabe y vasco de los pueblos de la altiplanicie de Bacatá, y que con gran fecundidad de argumentos ha apoyado su tesis. Al principio los estudios que se hicieron en este asunto, fueron basados en la investigación del origen de los pueblos americanos, que en parte fue comprobando la comunicación del extremo oriente asiático con el norte de la América, por éxodos derivados de aquellas regiones ; pero después los de Mr. Paravey son de carácter enteramente filológico.

La obra científica del Dr. Duquesne tiene, pues, bases sólidas para fundar la interpretación del calendario chibcha; y está muy lejos de ser una invención fantástica, como con bastante ligereza lo conceptuó uno de nuestros escritores contemporáneos en sus apreciaciones críticas.

Son muy terminantes las siguientes frases que expresan el conocimiento que tenía de la verdad de los asuntos de que se ocupó el Dr. Duquesne.

“Estoy perfectamente asegurado, dice, en orden á todo lo que voy á exponer. Me veo precisado á repetir esta advertencia, porque pudiéndose colegir de aquí algunas importantes verdades que ilustran la historia antigua, no quiero que se piense que me burlo con pensamientos imaginarios en una materia en que se interesa tanto la erudición.”

Las virtudes y ministerio del hombre investigador lo escudan contra semejante suposición, que solamente se puede atribuir á los que recurren á falsedades imaginativas para elevarse á gloriosas alturas; pero el Sr. Duquesne jamás tuvo pretensiones de esta clase. En alguna vez dije que el Sr. Duquesne no había dejado la exposición de los medios de que se valiera para obtener las misteriosas revelaciones de sus indios feligreses, durante veinte años de su influencia civilizadora, pero esto no invalida la verdad de los hechos relatados por el sabio arqueólogo; y debe tenerse en cuenta que los que lo persiguieron por sospechas de patriotismo no le dieron tiempo para pormenorizar la historia de sus misiones apostólicas y de sus descubrimientos.

Durante el último tercio del siglo XVIII fue próspera la civilización en el Nuevo Reino de Granada en los gobiernos de Messía de la Zerda, del arzobispo Caballero y Góngora, de Gil y Lemus; pero indudablemente el que sobresalió en esta época, fue el de D. José Ezpeleta, por el impulso que dio á la Expedición Botánica, á la instrucción en los establecimientos públicos y á las obras materiales que dejó y que aún existen. Del Sr. Ezpeleta no se puede decir elogio mejor que el compendiado en las siguientes frases de José María Vergara y Vergara: “Este virrey fue el más cumplido caballero, magnífico, grande señor que nos enviara la corte española; y quizá también el más laborioso, atinado y benéfico de nuestros gobernantes todos. Mes-

sía de la Zerda trajo á Mutis, y Ezpeleta trajo al literato que más debe admirar la posteridad granadina y cuya memoria debe ser eterna.”

El literato que vino con el virrey Ezpeleta fue D. Manuel del Socorro Rodríguez, de humilde linaje, pues era hijo de carpintero, natural de Bayamo, en la isla de Cuba. El ejercicio de su oficio no le impidió estudiar humanidades, de las que solicitó examen, que le fue concedido por examinadores competentes. El quiso poner á prueba sus conocimientos, para obtener la calificación de su propia conciencia; ejemplo es este que demuestra que una voluntad decidida, aun en el hombre humilde, es palanca poderosa que puede elevarle y engrandecerle. El Sr. Ezpeleta le colocó de bibliotecario; y él se dedicó al servicio de su empleo con tal asiduidad que en el local mismo de la biblioteca radicó su morada y allí murió santamente en 1818.

Rodríguez encontró en el instituto que se le confiaba, un manantial abundante, que satisfacía la sed de sus aspiraciones, aumentando el caudal de conocimientos literarios y científicos, que había adquirido en su país. En este mismo local daba enseñanza á jóvenes discípulos suyos; y fundó una asociación literaria que figuró en aquellos tiempos con el nombre de *Tertulia Eutopélica*; tres jóvenes payaneses le acompañaron, todos literatos de mérito reconocido; D. José María Valdés socio honorario, D. Francisco Antonio Rodríguez y D. José María Grueso.

El bibliotecario Rodríguez estableció en Santafé el verdadero periodismo; el primer periódico de importancia conocido en esta ciudad fue el *Papel Periódico*, editado en una pequeña imprenta importada de España por D. Antonio Espinosa de los Monteros. Salió á luz el primer número de este periódico el 9 de Febrero de 1791, y con regularidad en cada semana hasta el número 270. Constante en la empresa periodística, todavía en 1806 alcanzó á publicar cuarenta y ocho números del *Redactor Americano*; y ventiuno del *Alternativo del Redactor Americano*. Aun después de la revolución de 1810, dio á luz otros periódicos; entre ellos se encuentra el denominado *La Constitución felix*; probablemente este título fue elegido en demostración del sometimiento del humilde escritor al nuevo régimen constituido.

El objeto cardinal de los periódicos del Sr. Rodríguez fue propagar en la juventud granadina conocimientos útiles, y esti-

mular al estudio de las bellas letras, de las artes y de las ciencias. En el *Papel Periódico* se publicaron algunos descubrimientos de Mutis y estudios importantes de Zea. Rodríguez enriqueció la biblioteca con varios manuscritos curiosos y con todas las producciones de la imprenta americana, los que recopilaba cuidadosamente empastados. Uno de los manuscritos autógrafos, que revela la unción de su literatura religiosa, y que fue catequista, y probablemente una de sus últimas concepciones literarias que dejó inédita en 1813, es un librito que lleva por título: *Conversaciones instructivas sobre la divina providencia y religión evangélica, dedicado á Mr. Peter Kent, joven angloamericano, ilustre candidato de la fe y comunión católica*. La dedicatoria al joven Peter Kent, muy sentida, da á conocer que no fue una ficción de su ingenio, sino que este joven americano era un verdadero catecúmeno.

Con patriótica justicia, D. Alberto Urdaneta, de grata memoria, consagró un monumento de admiración y de gratitud al humilde literato cubano, fundando el *Papel Periódico Ilustrado* en 1881, único en su especie hasta hoy, que desapareció con su director, y en el cual muchos ingenios dieron impulso á las letras é historia colombianas, tributando valioso homenaje á los hombres más notables de la primitiva república.

La biblioteca que se puso bajo la dirección de D. Manuel del Socorro Rodríguez fue fundada á solicitud de D. Francisco Moreno y Escandón, fiscal del crimen en la real audiencia de Santafé, y aceptada por el virrey D. Manuel de Guirior. Se reunieron 13,800 volúmenes de los colegios de Bogotá, Tunja, Honda y Popayán, que pertenecieron á los padres de la Compañía de Jesús, durante su permanencia en el virreinato, desde 1598 hasta 1767, período en que su sabio personal esparció la civilización cristiana en la cuarta parte de los numerosos pueblos salvajes del Nuevo Reino de Granada; y formó de las clases sociales superiores una juventud ilustrada en la literatura, las artes, las ciencias, la agricultura y la minería. Plaza, que es autoridad irrecusable para los que no simpatizan con los jesuitas, dice lo siguiente hablando de su expulsión de este país:

“Así feneció esta célebre compañía en 1767, y á la cual ninguna orden monástica pudo rivalizar en constancia, en saber, en poderío, en influjo, en riqueza y en una loable consagración

para evangelizar y civilizar á las hordas idólatras. En calidad de narradores imparciales y teniendo á la vista muchos datos importantes, podemos asegurar que el instituto de los jesuitas, en su calidad de propagadores de la fe evangélica entre las tribus indígenas, prestó útiles é importantes servicios á la causa de la civilización cristiana en la Nueva Granada. Después de su extinción, el instituto monástico que desplegó algún genio fue el de la Candelaria.

“Muchos varones apostólicos de las otras religiones también trabajaron decididamente y con fruto en regar con el agua de la salud á millares de indígenas y aun con su sangre sellaron su consagración cristiana. Mas el pensamiento civilizador de la vida social común y el desarrollo práctico de esta teoría, fue original y la propiedad exclusiva de los hijos de Loyola.”

En el *Genio del Cristianismo*, Chateaubriand lamenta la supresión de la Compañía de Jesús, ordenada por Carlos III. “Su pérdida, dice, fue irreparable para la Europa sabia; la educación no ha podido reponerse aún, después de su caída.”

Porque es oportuno recoger verdades de los tiempos, por ser justicias merecidas, quiero citar los conceptos de D. José María Vergara y Vergara á este respecto: “Aquí es del caso, dice, hacer notar los escalones que recorrió la civilización para llegar al pueblo. Su cuna fue la Iglesia, la que verdaderamente la trajo á las selvas de las colonias; los frailes se encargaron del cuidado de su infancia débil y contrariada: ellos cultivaron las ciencias y las letras hasta mediados del siglo XVIII. Por este tiempo no había ya frailes eminentes en las ciencias y su lugar lo ocupaban los clérigos. Estos se encargaron del precioso depósito y cuidaron ya no de su infancia, sino de su brillante juventud hasta 1810, en que comenzó á pasar á manos de los seculares más religiosos, y de éstos, en años posteriores, ha pasado á todas las clases de la sociedad... En apoyo de esta observación, haremos notar que clérigos fueron una gran parte de nuestros hombres científicos y de nuestros literatos. Mutis, el fundador de las ciencias, el que sembró ese árbol cuyas flores nos enorgullecen, era sacerdote; y sacerdotes eran Duquesne, García Tejada, Padilla, Caicedo, Manrique y Gruesso. No tuvo Caldas en su magnífica empresa del *Semanario* mejores auxiliares que los clérigos.”

La biblioteca real de Santafé, así llamada en tiempo de la colonia, se abrió al público solemnemente, con numerosas y muy interesantes ediciones de clásicos latinos, griegos y españoles; y muy variados tratados de teología y derecho canónico; más una colección de obras de filosofía aristotélica y de física, calificadas como muy importantes para aquellos tiempos, y que hoy pueden servir para la historia de esas ciencias; y entre todas estas obras algunas de mérito literario y de gran valor bibliográfico.

Esta biblioteca fue aumentada en tiempo del gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera con las abundantes librerías de las comunidades religiosas, que fueron extinguidas por la ley de desamortización, y con documentos de los archivos oficiales de la colonia, que se hallaban dispersos en las diferentes oficinas del gobierno; los que posteriormente se separaron de la biblioteca, para formar un solo cuerpo llamado archivo de la colonia. Siempre será digno de agradecimiento el obsequio generoso que el coronel Anselmo Pineda hizo á la biblioteca nacional de su importante y numerosa librería, que en la parte histórica documentada se consulta con avidez. También ha recibido donaciones particulares. Los concurrentes á la biblioteca esperan que nuestros gobiernos continuarán enriqueciendo este gran depósito de las letras, de las ciencias y de la historia, porque es fuente de instrucción popular gratuita, dotándola con ediciones que los instruyan en los progresos que van alcanzando con el tiempo; pues las bibliotecas son como academias silenciosas que hablan é ilustran cuando se las consulta, pero siempre que se cumpla la ley de selección literaria y moral de las especies.

Por los años de 1789 á 1794, se formó en Bogotá una sociedad de jóvenes que ejercieron una poderosa influencia en la constitución política de la Nueva Granada: esta asociación *político-literaria* tenía por director al joven Antonio Nariño, dotado de condiciones excepcionales para imprimir firmeza de carácter á esta juventud ardiente en deseos de libertad, pues poseía Nariño un claro talento que podía hacer fecundo el plan que se proponía; y, además, lo abonaba una educación esmerada, recibida en un hogar de la alta sociedad, dirigido por sus padres

D. Vicente Nariño y D.^a Catalina Álvarez del Pino. Había hecho estudios en el Colegio de San Bartolomé, en donde adquirió una vasta ilustración; para los fines literarios de aquella asociación, formuló un programa que los españoles encontraron en su escritorio el día que practicaron el secuestro de sus libros y papeles; este programa decía así: "Se me ocurre el pensamiento de establecer, en esta ciudad, una suscripción de literatos, á ejemplo de las que hay en algunos casinos de Venecia: éstas se reducen á que los suscritores se reúnen en una pieza cómoda, y sacados los gastos de luces, etc., lo restante se emplea en pedir un ejemplar de los mejores diarios extranjeros, los diarios enciclopédicos y demás papeles de esta naturaleza, según la suscripción. A determinadas horas se juntan, se leen los papeles y se critica y conversa sobre aquellos autores, de modo que se puede pasar un par de horas divertidas y con utilidad. Pueden entrar D. José María Lozano, D. José Antonio Ricaurte, D. José Luis Azuola, D. Juan Esteban Ricaurte, D. Francisco Zea, D. Francisco Tobar, D. Joaquín Camacho, el Dr. Iriarte, etc."

Hé aquí el plan de una academia de humanidades suficientemente autorizada por el distinguido personal elegido. El fin ostensible de esta asociación, consignado en su programa, fue pues el cultivo de las bellas letras; pero el reservado debió de ser, sin duda alguna, prepararse convenientemente para dar libertad á su patria. Para el primero de estos fines, la juventud asociada poseía talentos comprobados ya y una instrucción suficiente; para el segundo propósito el joven Nariño podía ofrecerles su grande y enérgico carácter y la constancia del corazón templado al calor ardiente de las ideas de libertad con que había nutrido su espíritu, en la lectura de publicaciones periódicas venidas de Francia y de la nueva república del Norte.

Para el que no tuviese conocimiento alguno de las ideas y cualidades de Nariño, podría bastarle saber que dejó escrito como lema de sus intenciones el famoso epitafio de Franklin: *Arrebató el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos*, que encontraron los agentes de la monarquía en su escritorio. Más explícita fue la traducción de los *Derechos del hombre*, que hizo imprimir en una tipografía de su propiedad; traducción que había sacado de la *Historia de la Asamblea Constituyente de Francia*, la que en confianza le dio al capitán Ramírez, de la guardia del virrey.

El español Francisco Carrasco lo denunció ante la Audiencia como conspirador; fue encarcelado, confiscados sus bienes, sentenciado á prisión por diez años y á expatriación perpetua junto con el impresor Espinosa y con D. José Antonio Ricaurte, que había suscrito su defensa, con Zea y otros miembros de la asociación literaria. En el puerto de Cádiz se fugó; de incógnito llegó á Madrid; y para evitar peligros que le amenazaban en esta ciudad, trasladóse á París; allí emprendió gestiones para ver de obtener del tribuno Tallén, que había subido al poder y era omnipotente, auxilios para derrocar la monarquía en la Nueva Granada, pero le fueron negados por la situación de Francia, apremiante ante los enemigos que la cercaban; igual fue el resultado en Inglaterra de las solicitudes que dirigió al Gobierno para el mismo fin.

En circunstancias tan difíciles como peligrosas en que se encontraba en el continente europeo, resolvió regresar á la Nueva Granada, á pesar de la prohibición que le había impuesto la sentencia que lo había expatriado, á probar fortuna poniendo en acción sus propias fuerzas. Por la vía del norte del virreynato llegó á Santafé, en donde, á favor de la influencia del arzobispo Compañón, fue indultado. Retiróse á su quinta en Fucha sin dejar de pensar en el porvenir de su patria y en los medios de salvarla del poder español. Por orden del virrey Amar y Borbón fue reducido nuevamente á prisión é inmediatamente remitido á Cartagena; sepultado en las bóvedas del castillo de Bocachica, permaneció allí hasta 1810, en que se proclamó la independencia. Pidió su libertad á sus compatriotas; pero, cosa inesperada, los republicanos se la concedieron exigiéndole fiador al más grande de los republicanos; dio varios y se retiró haciendo caso omiso de la humillación que se le imponía; pero agobiado por las decepciones é ingraticudes de sus copartidarios en defensa de la misma causa.

En un periódico de su propiedad, *La Bagatela*, se dedicó Nariño á combatir la división en que habían caído los patriotas, federalistas y centralistas. Combatió la federación como la forma de gobierno más impropia para conservar la paz y triunfar del enemigo común; y adoptó la forma de centralización gubernativa, porque donde hay unidad las fuerzas se multiplican y concurren sin reparos al mismo fin. El pueblo, alarmado con las

próximas invasiones españolas, pidió á Nariño, como presidente de Cundinamarca, y fue elevado á este puesto después de la renuncia patriótica del Sr. Lozano, quien lo ocupaba. Desgraciadamente la naciente república fue presa de la guerra civil entre los dos bandos: las tropas federalistas llegaron á Santafé á dar una batalla el día 9 de Enero de 1813; en ella fue derrotado Baraya, quien la mandaba, y prisionero con casi todo el ejército. Triunfante Nariño, dio pruebas espléndidas de su magnanimidad. Uno de los prisioneros era el Sr. Niño, gobernador de Tunja, quien había publicado un escrito difamante contra Nariño; éste reprodujo los cargos que se le hacían, en la *Gaceta de Cundinamarca*, sin comentario alguno, dejando su defensa al buen criterio de los lectores; y el prisionero Niño fue puesto en libertad inmediatamente.

El triunfo obtenido sobre los federalistas de Tunja dio gran valor moral y político al vencedor; y poco á poco fueron conciliándose los ánimos y desapareciendo las diferencias por la conducta que observó Nariño con sus contrarios en opiniones políticas; pero se perdió energía inútilmente, más los elementos bélicos gastados en la guerra civil. Estas discordias contribuyeron á entregar la república á los pacificadores españoles, dejando demostrado que no puede haber patria libre y gloriosa, sino unificando los intereses republicanos, con prescindencia de pequeñeces y pasiones de partido.

La reacción española había invadido el sur y norte del territorio libertado, en los momentos de la perturbación política de los patriotas. Nariño, nombrado general en jefe, marchó al sur á debelarla con un pequeño ejército, compuesto de las tropas de los dos contendores: dio la primera batalla en Palacé y triunfó, después derrotó al brigadier Sámano en Calibío, forzó la inexpugnable quiebra de Juanambú, defendida por Aimerich, y llegó á los ejidos de Pasto en Mayo de 1814; allí dio el combate final, triunfó también haciendo replegar los combatientes españoles á la ciudad; pero en la noche de aquel día el ejército vencedor, sugestionado por causas desconocidas, abandonó el campo desbandándose, después de que un coronel Rodríguez había clavado los cañones. Al siguiente día se encontró Nariño solo con sus oficiales; se vio precisado, por su mala suerte, á entregarse á sus enemigos. Puesto en prisión, el populacho pas-

tuso, amotinado, pide la muerte para el preso, cuyo nombre ignoraba el oficial que le custodiaba; le interroga y oye de su boca: "¡ Soy Nariño!" en el momento mismo en que se presenta al pueblo y le habla, éste enmudece, sorprendido del valor de aquel republicano que con tanta audacia afronta la muerte. Nariño queda tranquilo y restituido á su prisión.

Ni Montes en Quito, ni el virrey de Lima, á donde es remitido sucesivamente con la consigna de su sacrificio, se atrevieron á ejecutarlo. Remitido á España, su viaje fue en una mala embarcación, vía dolorosa soportada con resignación y valor, Encerrado en la prisión de estado de Cádiz, permaneció allí, aislado de toda comunicación, durante cuatro años y con la seguridad constante de los grillos. Restablecido el orden constitucional en la Península, Nariño obtuvo su libertad; é informado de los acontecimientos que se verificaban en la Nueva Granada y de los triunfos de Bolívar en Boyacá, se avivaron sus ardientes deseos de contribuir á la libertad de su patria y emprendió marcha hacia ella; en la isla de León fue nombrado presidente de la junta patriótica. Apenas llegó á Bogotá se preparó para concurrir al congreso, para el cual había sido elegido, pero allí le esperaba una cruel decepción, en pago de sus sufrimientos y de sus servicios. Se le acusó ante el senado de haber estado seis años ausente del país, sin permiso del gobierno! Nariño se presentó á la barra del congreso á defenderse de tanta iniquidad. Permitidme que repita aquí la brillante introducción á su defensa, porque sus elocuentes y hermosas frases son de sensación gratísima, y fueron la entrada de la verdad en la conciencia de sus jueces y colegas.

"Hoy me presento, señores, dijo, como reo ante el senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el congreso que yo mismo he instalado, y que ha hecho este nombramiento. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del congreso, nada tenía de particular esta acusación: lo que tiene de admirable es ver á dos hombres, que no habían quizá nacido cuando yo ya padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la República política y militarmente en los primeros puestos, sin que á nadie le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo

les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo á mis enemigos para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé á estos mismos enemigos no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones, ¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy como en otro tiempo Timoleón acusado ante un senado que él había creado; acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho á la República, y el poder decir sus mismas palabras al principiar su juicio: 'Oíd á mis acusadores, decía aquel grande hombre, oídlos, señores, advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitidlo daríais un golpe á esa misma libertad que es tan glorioso haberos dado.'"

Nariño fue absuelto é invitado á ocupar su puesto en el senado. Poco tiempo después de estos acontecimientos se retiró á la Villa de Leiva, por estar quebrantada ya su salud, probablemente por alguna afección de su magnánimo corazón, víctima de tantas ingratitudes. Murió cristianamente el día 12 de Diciembre de 1823.

No es posible decidir acertadamente cuál de las dos defensas de Nariño es la mejor: si la que le inspiró su valor heroico ante un pueblo enfurecido, que le pedía su sangre; ó si la que hizo elocuentemente ante el senado de su patria, que le pedía su honra. La primera ha sido fielmente traducida de la verdad á la forma y admirablemente interpretado el movimiento de la actitud majestuosa en la bella estatua ejecutada por el hábil escultor francés Mr. Grevert, y que decora la plaza que lleva hoy su nombre: vedme, parece que dice, soy Nariño! herid, y presenta el pecho al arma homicida; y como si en su fisonomía tranquila y expresiva repitiera con Horacio: "*Dulce et decorum est pro Patria mori.*" En la segunda defensa no solamente vence á sus detractores con su palabra elocuente y persuasiva sino que hace pública su honra inmaculada.

La revolución que separó la colonia neogranadina del dominio de la monarquía española, fue promovida por múltiples causas que sería muy prolijo analizar filosófica y políticamente; en compendio pueden reducirse á las siguientes principales:

las excesivas restricciones establecidas para los colonos con el objeto de asegurar la dominación española; la falta de comunicación libre con las otras naciones, sin poder establecer cambios comerciales ni industrias que favoreciesen la vida del pueblo, pues solamente la agricultura y la minería se ejercían relativamente en grande escala, pero en provecho exclusivo de los españoles acomodados; los impuestos y monopolios que pesaban sobre la masa popular. Sobre todas estas causas primaba la muy justa y poderosa contra el sistema político que seguían los gobernantes venidos de España, principalmente de algunos que por falta de equidad en el sistema administrativo se dejaban guiar por la dureza de su carácter, de tal manera que aun entre ellos mismos se establecían luchas antisociales. Verdad es que también vinieron gobernantes ilustres, tales como Ezpeleta, Messía de la Zerda, Guirior, Caballero y Góngora y Lemus, pero siempre con la consigna de mantener las restricciones que odiaba el pueblo. Estos últimos gobernantes nos dejaron como recuerdo de su benéfica administración política, las obras materiales y científicas que enaltecen su gobierno; entre ellas la protección que dispensaron á las enseñanzas superiores en los colegios; y á Mutis en su grande obra de la Expedición Botánica; esta protección fue también causa inconsciente de la revolución, porque facilitó la instrucción de una juventud que pronto conoció sus derechos políticos y el estado deplorable en que yacían los criollos neogranadinos, sin representación formal en las comarcas y sin participación, ó muy limitada, en los negocios públicos; situación que despertó en su espíritu juvenil el deseo de libertar al país y de tomar participación en la administración pública. A todas estas causas se agregaron algunos incidentes particulares que exacerbaron al pueblo y provocaron la explosión de independencia.

Los hombres políticos y de ciencia que se encargaron del movimiento separatista, quisieron la libertad del país dándole al gobierno una forma diferente de la que había tenido hasta entonces, pero siempre encarrilando la revolución por el camino del orden y de la justicia. El gobierno general patrióticamente establecido duró, con irregularidades debidas á su estado naciente y con perturbaciones intestinas, consecuencia de las diferentes opiniones políticas, desde 1810 hasta 1816. En el trascurso de es-

tos seis años, los únicos colegios de enseñanza que continuaron en actividad, fueron el del Rosario y el de San Bartolomé, porque su organización los mantuvo con relativa independencia del poder civil. En esta época el periodismo se desarrolló abundantemente, pero resentido del desorden consiguientes al reciente establecimiento de un nuevo régimen administrativo: Caldas, Joaquín Camacho y José María Gutiérrez se encargaron del primer periódico político neogranadino. El *Diario Político*, fundado por orden del Gobierno, fue dirigido por Lozano, presidente de Cundinamarca, y duró solamente tres meses. En 1810. Manrique y Lozano redactaron el *Anteojó de larga vista*; en 1811 aparecieron la *Gaceta Oficial*, fundada por el gobierno, y *La Bagatela*, periódico en que Nariño combatió la federación y defendió el centralismo.

Cuando se esperaba que principiarian á producir sus efectos las resoluciones dictadas por el nuevo gobierno en 1815, para que continuasen los trabajos de la Expedición Botánica y del observatorio astronómico, pues desde la muerte de Mutis, acaecida en 2 de Septiembre de 1808, por disposición de este sabio quedaron encargados, D. Sinforoso Mutis de los estudios botánicos, y Caldas de las observaciones astronómicas en sus respectivos locales, ocurrió la invasión del territorio neogranadino por tropas españolas, por Cartagena, á órdenes de Morillo y Enrile, y por Cúcuta mandadas por Latorre y Calzada. Al aproximarse á Bogotá Latorre, el más humano y político de los jefes llamados pacificadores, expidió en Zipaquirá un indulto general que comprendía á todos los empleados que hubieran cooperado de cualquier modo á la promulgación de la independencia; y consiguió entrar á Bogotá, sin que se le opusiera ninguna resistencia militar, el 6 de Mayo de 1816; pero Morillo, que llegó después por el sur el 26 del mismo mes, improbo la conducta de Latorre, ordenándole que inmediatamente pusiera en prisión á todos los que habían confiado en su indulto. Antes de que esto sucediera, la porción principal de las fuerzas republicanas emigró hacia los llanos de San Martín, y en su persecución se hizo marchar á este humano jefe. Los miembros del gobierno, algunos militares y gran número de personas comprometidas se dirigieron á Neiva y Popayán. Caldas fue de estos últimos, pero el jefe patiano Simón Muñoz lo sorprendió junto con el ilustre

Ulloa y á otros patriotas en la hacienda de *Paispamba*: este jefe le ofreció á Caldas dejarlo que huyese de su prisión, pero no aceptó, porque no se le concedía la misma gracia á su amigo Ulloa; acto de generosidad que por sí solo revela el temple y carácter del corazón de aquel sabio que tenía en perspectiva la muerte.

Morillo no quiso, ó no supo cumplir, como Latorre, las órdenes de la monarquía, que lo mandó á pacificar la colonia revolucionada; pacificación que talvez hubiera conseguido con una conducta humanitaria, á pesar de la decisión de los patriotas de independizar el país, pero que por entonces no podían sostener una lucha desigual con escasísimas fuerzas, agotados sus recursos y elementos de guerra en sus contiendas intestinas. Morillo con su conducta cruel, y con la sangre de hombres ilustres é inermes, hizo fecundo en guerreros el suelo de la libertad republicana. Este mismo *pacificador* pronto logró conocer el origen del civismo de los héroes que sacrificaba, y quiso destruir también aquella fuente de sabiduría: no debe preguntarse, pues, qué se hicieron los instrumentos, libros y útiles de la Expedición Botánica y del observatorio astronómico; el siguiente decreto, expedido en 24 de Julio de 1816, se encarga de constatar:

“De orden del Excelentísimo señor general en jefe se avisa á los señores oficiales y demás individuos del ejército, que mañana empieza la almoneda de los bienes secuestrados en la casa de la Botánica, para el que quiera concurrir á comprar algunos efectos que serán preferidos en su precio. Firmado—*Córdoba*.”

D. Jorge Tadeo Lozano fue el primer miembro de la Expedición Botánica sacrificado. Confiado en la palabra de Latorre, pues no debía delito alguno y hacía algún tiempo se había retirado del puesto que ocupaba, sin volver á tomar participación en los asuntos de la república, no quiso huír; se le redujo á prisión en el Colegio del Rosario; y la sentencia de muerte que fue pronunciada contra él y contra los patriotas Crisanto Valenzuela, Miguel Pombo, José Gregorio Gutiérrez Moreno, Emigdio Benítez y Francisco Javier García Hevia, se ejecutó el día 6 de Julio de 1816.

Caldas, después de haber rehusado la salvación que se le ofrecía; sin su compañero Ulloa; llegó preso á Bogotá; y eno-

rrados ambos en el local del Colegio del Rosario, se ejecutó su sentencia de muerte en 26 de Octubre de 1816. Este Colegio del Rosario es, pues, tres veces glorioso: por el objeto á que lo destinó su fundador; porque allí fue la cuna de los sabios que acompañaron á Mutis en su magna empresa civilizadora; y fue también allí la última morada de estas víctimas, antes de salir á la muerte.

Obedeciendo á la necesidad de completar esta relación, he escrito las líneas que anteceden sin la intención de arrojar ignominia ni recriminaciones indebidas en este lugar; y paso á terminar este ya largo discurso con algunas consideraciones más.

Hemos celebrado el centenario de nuestra independencia del dominio español; y juzgo que el pensamiento que ha entrado en esta festividad patriótica, no habrá sido únicamente el de rememorarle con gozo y felicitarnos de que en un centenar de años hemos disfrutado de libertad republicana; sino también para hacer el recuento de lo que hemos hecho y hayamos dejado de hacer en bien del país: verdaderamente se ha hecho mucho, pero muy deficiente aún, á causa de las perturbaciones debidas á nuestras exacerbaciones políticas; estas faltas deben recordarnos cuánto es lo que de nuestra cordura y honradez exige el bien de nuestra patria, si queremos corresponder á los esfuerzos generosos de nuestros progenitores políticos.

No debemos olvidar que si nuestro país fue colonia de España, esta nación la obtuvo por derecho de conquista, pero en cambio nos trajo la civilización cristiana, y todo lo que de esa raza heroica hemos heredado, pues poseemos su sangre, con todas sus cualidades étnicas, su muy hermosa lengua, sus costumbres sociales y todo lo que debemos cultivar, porque así lo exige la civilización y el progreso. Todo esto constituyó indudablemente el objetivo de España conquistadora, como lo demuestran los monumentos que nos dejaron; y aun hoy mismo estáis vosotros comprobando estas verdades aquí reunidos, en la parte que os corresponde, para reconstituir la Academia de la lengua ya establecida en tiempos anteriores como correspondiente de la Real Academia de Madrid, que solicita vuestra cooperación en la empresa civilizadora de conservar y purificar la lengua castellana; y os estimula para que sigáis correspondiendo á los nobles deseos que la animan en favor de vuestros progresos en las bellas letras,

Por demás debo decir que el extensísimo territorio colombiano, con todas sus producciones naturales, es una inmensa riqueza que nuestros padres nos legaron, preparada ya con no escasos elementos de civilización y explorada científicamente en aquellos tiempos, para que se verificase, aunque de manera cruenta, una transmisión de propiedad y de dominio á los hijos de la República, los que están en el deber ineludible de conservarla en su integridad y de engrandecerla. Recordad lo que con entusiasmo sublime dijo el inmortal Caldas en tiempos ya remotos en un momento de visión patriótica; estas son sus palabras:

“La posición geográfica de la Nueva Granada parece que la destina al comercio del universo. Situada bajo la línea á iguales distancias de Méjico y California por el Norte, como de Chile y Patagonia por el Sur, ocupa el centro del Nuevo Continente. A la derecha tiene todas las riquezas septentrionales, y á la izquierda todas las producciones del mediodía de la América. Con puertos sobre el Pacífico y puertos sobre el Atlántico, en mediodía de la inmensa extensión de los mares, lejos de los huracanes y de los carámbanos de las extremidades polares de los continentes, puede llevar sus especulaciones comerciales desde donde nace el sol hasta el ocaso. Mejor situada que Tiro y que Alejandría, puede acumular en su seno los perfumes del Asia, el marfil africano, la industria europea, las pieles del norte, la ballena del mediodía, y cuanto produce la superficie de nuestro globo. *Ya me parece que esta colonia afortunada recoge con una mano las producciones del hemisferio en que domina la osa, y con la otra las del opuesto*; me parece que se liga con todas las naciones, y que lleva al Polo los frutos de la línea y á la línea las producciones del Polo. Convergamos: nada hay mejor situado en el viejo ni en el nuevo mundo que la Nueva Granada. No nos deslumbremos con las riquezas de Méjico ni con la plata del Potosí. Nada tenemos que envidiar á esas regiones tan ponderadas. Nuestros Andes son tan ricos como aquéllos y el lugar que ocupamos el primero.”

Estas apreciaciones, tan verdaderas como proféticas, parecen un sueño que ha durado un centenar de años con algunas interrupciones de lucidez; pero es necesario que Colombia despierte de la estupefacción que producen las combustiones políticas, á la realidad de que nuestras energías deben destinarse

para el trabajo regenerador que engrandece los pueblos que guardan la paz, arrullada por la industria y el comercio. Afortunadamente Colombia día por día ha procurado estrechar oficialmente amistosas relaciones con la madre patria, como las establecidas ya con las naciones del antiguo y del nuevo continente: esta intimidad recíproca se traduce hoy, aunque lentamente, con la actividad que manifiestan empresas comerciales, industriales y ferrocarrileras, que ponen en concurrencia sus intereses y capitales asociados, impulsados por la fácil comunicación en las redes telegráficas que enlazan apartadas nacionalidades con la nuestra; y que, á medida que vayan en aumento estas empresas, llegará un día no muy lejano, si la paz, que es elemento de prosperidad y de riqueza, asienta sus reales entre nosotros, en que se perfeccionarán estas intimidades nacionales á favor de las nuevas vías de Marconi, veloz expreso, cuyo conductor es el espacio aéreo ilimitado, y sin la sujeción á resistencias de hilos metálicos que retardan el andar de la palabra. Entonces la visión patriótica de Caldas se realizará en toda su magnífica amplitud (1).

IN MEMORIAM

Doloroso es para nosotros registrar en las páginas de esta Revista la desaparición total de nuestros compañeros de estudio, y más doloroso aún si la pérdida ocasionada por la muerte es la de uno de aquellos que no sólo se educaron en el Colegio sino que dejaron en él recuerdo siempre vivo de sus virtudes y talentos.

Ya la muerte ha truncado la existencia de varios de los doctores en filosofía y letras del Colegio del Rosario; recordemos á González Mutis, el que supo librar sólo la batalla de la vida, el que rindió la jornada en momentos en que un porvenir risueño se presentaba ante sus ojos, cuando volvía de lejanas tierras, después de terminar largos y pacientes estudios; recordemos también á Ramírez Arbeláez, el joven diplomático que cayó víctima de la peste bubónica en extranjerías playas, cuando sus muchos méritos

(1) El discurso del Sr. Dr. R. M. Carrasquilla, en contestación al presente, se publicará en nuestro próximo número.